

Tal vez sea suficiente





Alejandro Fernández
Aldasoro

TAL VEZ
SEA SUFICIENTE



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Mayo de 2012

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Alejandro Fernández
Aldasoro

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

ISBN
978-84-15313-22-9
DEPÓSITO LEGAL
NA. 840-12

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
Elena Odriozola

MAQUETACIÓN: Monti

IMPRESIÓN
GRÁFICAS LIZARRA S.L.
Tafallako bidea, 1 km.
31132 Villatuerta - Nafarroa

txalaparta 

A Alberto Moyano,
mi maestro en escepticismo,
y en otras cosas inútiles.



El río se estaba riendo. Sí, así era:
todo lo que no se terminaba de sufrir
o no se resolvía hasta el final, se repetía;
siempre se volvían a sufrir las mismas penas.

Siddharta

HERMANN HESSE

Odio los libros. Solo te enseñan a hablar
de lo que no se sabe.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU



Ego



YO NO CREO EN DIOS, no creo en los profetas con la túnica sucia de los caminos, no creo en el trabajo duro ni en los valores raídos del sacrificio y el deber, no creo en la mente racional, no creo en el incienso de los chamanes, no creo en el destino fatal ni en nadie que vaya por ahí diciendo que controla su vida, no creo en las administraciones competentes ni en ninguna clase de autoridad, no creo en un medio justificado por cualquier fin, no creo en las drogas, no creo en los libros, no creo en el ser humano, y no sé si creo en mí. Soy un escéptico rabioso. Creo en lo que siento. Y por ello creo en algunas personas, no muchas, unas pocas dignas de creer en ellas, personas que no buscan nada extraordinario, o que están más cerca que yo de las verdaderas sensaciones, porque han pagado por lo aprendido, porque han tenido el valor de ponerse en duda o porque han sufrido. Personas dispuestas a rendirse. Creo que hay una razón y un sentido profundo en cada cosa que sucede, y que en este caos de ilusiones, muecas y deseos ningún acto queda impune.

Por supuesto, también creo en ella, a pesar de que sea ella una de las mujeres que me mató.

Cecilia tenía unos sesenta años cuando toqué a su puerta, aunque quizás tuviera más, o quizás menos. Es difícil calcularlo. Sus ojos, fieros, líquidos, resbaladizos, tenían una edad, y su rechoncho cuerpo, otra. Como si su vitalidad hubiera ido abandonando a su suerte las zonas más alejadas de su cerebro, las articulaciones, las extremidades de sus piernas y sus brazos, y se hubiera concentrado en esos dos parajes salvajes de su rostro. Sus ojos me inmovilizaron durante un momento en la entrada, antes de parpadear, relajarse y hacerse a un lado para que yo pasara a una casa perfectamente vulgar.

Los muebles se amontonaban sin gracia por las estancias, y cuadros variados se desperdigaban equidistantes por las paredes con la mera intención de cubrir los espacios. Ella me condujo hasta una amplia habitación que denominó estudio pero que podría ser cualquier cosa: sería una sala de estar en el mismo momento en que se encendiera la televisión, y un dormitorio en cuanto alguien abriera la pequeña cama que estaba junto a la ventana. Vi varias plantas, una mesa ampulosa de patas retorcidas con su butaca a juego, y dos sillas desparejadas donde cualquiera que tomara asiento se sentiría culpable de todo. Detrás, una gran estantería repleta de viejas colecciones de libros y de revistas exhaustas, protegidas por recuerdos olvidables de turista y alguna desafortunada incursión en la cerámica en frío.

Cecilia cerró la puerta al entrar y me invitó a sentarme en una de las sillas para pecadores. El rastro de un olor a cenizas de palo dulce permanecía en el estudio, y

se filtraba el rugido de los autobuses urbanos a través de la ventana cerrada.

—¿Has traído la casete?

—Esta es la única que he podido encontrar. Es de 120. Está usada, pero se puede grabar encima. Espero que funcione.

Ella abrió un cajón de la mesa y extrajo mi carta astrológica y un papel con textos garabateados a lápiz, destacados con círculos y extraños dibujos, y conectados entre sí mediante flechas infalibles. También sacó un reproductor de música del tamaño de una caja de zapatos. Mitad pletina, mitad altavoz. Cogió la cinta sin mirarla y la introdujo en el reproductor. Después, con dos dedos, record-play, inició la grabación. Y leyó.

Yo le había dado mi fecha de nacimiento al concertar la cita por teléfono, y estaba listo para escuchar algunas pistas sobre el itinerario que las estrellas me habían designado, pero lo que no esperaba era la precisión con la que aquella pequeña y despiadada mujer rajó mi vida de arriba a abajo. Al principio leyó literalmente, pero enseguida empezó a improvisar, a desmontar frases inicialmente superficiales para expresarse de una forma más profunda, a enlazar una idea con otra idea, a alejarse de mí. Cecilia entró en una especie de trance y me contó la historia más interesante que le pueden contar a cualquiera: la propia.

De cuando en cuando, levantaba los ojos del papel y me miraba desde millones de años de distancia. Ahora sé que me analizaba. Me juzgaba para saber cuánta verdad era capaz de asumir. Se quedaba así un momento, y luego volvía a sus apuntes como si yo no estuviera allí

o como si sus reflexiones no tuvieran que ver conmigo. Me contó sucesos de mi pasado que yo había olvidado, pero que se revelaron fundamentales cuando los conectó con otros posteriores en los que había sufrido la dolorosa sensación de no comprender nada. Me habló de mis problemas, me habló de su bienaventurada perfección. Me habló y me dijo: eso que te pasa, te pasa porque tú lo has elegido y es imposible que lo superes si no te das cuenta de ello. No eches la culpa a nadie, no pretendas cambiar las cosas, o te perderás. Cambia tú.

En los desordenados textos de aquel papel, Cecilia descifró un completo manual de instrucciones de mí mismo. Predijo tanto buenas noticias como nuevas dificultades, pero me insistió en que estaba preparado, y en que ningún problema que se me presentase superaría jamás mi capacidad de resolverlo. Me recordó mis recursos y algunas de mis cualidades más minusvaloradas y, sobre aquella mesa barroca, me mostró la sencillez cautivadora de las cosas.

Yo escuché atentamente, e intenté en todo momento demostrar mi humildad y mi capacidad de aprendizaje. Pero la verdad es que yo me sentía un ser distinguido y que no entendí gran cosa del discurso a borbotones de Cecilia.

—Entonces, ¿no debo estar preocupado? —pregunté.

Cecilia no me contestó. Me miró como si volviera de un largo viaje y quisiera reconocer en qué había cambiado yo durante su ausencia. En la calle, un autobús sufría su condena a trabajos forzados. Las ruedecillas del reproductor, en cambio, giraban en silencio como ruletas de la fortuna. Hasta que no se detuvieran, todo

era posible. Como Cecilia seguía mirándome sin responder, me inquieté. Y atolondrado de mí hice otra pregunta estúpida:

—¿Tú puedes saber cuándo voy a morir?

—Dentro de quince años, en 2006, morirás. Nunca doy esa información, y además eres tan joven. Demasiado incluso para estar aquí. Pero en tu caso es mejor que lo sepas. Deja el dinero ahí. Y ahora es mejor que te vayas. No puedo ayudarte más.

No me dio tiempo a reaccionar. Cecilia paró la grabación, sacó la cinta y me la entregó. Yo saqué unos billetes del bolsillo y los puse sobre la mesa. Ella me acompañó hasta la puerta y me dio la mano para despedirse. Entonces, sonriendo, me dijo algo que, hasta hace poco, nunca me ha valido de nada, pero que he recordado cada una de las veces en las que durante mi vida he pensado que ya no podía más:

—Acéptalo, es un regalo.

Estuve casi dos horas en el estudio de Cecilia. La cinta no se grabó. Yo tenía veintiún años.

Cuando yo tenía siete años, mi padre nos dejó. Un día llegué de la escuela y encontré a mi madre sentada en una banqueta de la cocina. Me impresionó verla allí, sin hacer nada, sin ningún aparato encendido, sin cosas lentas en el fuego, sin quejas vecinales ni anuncios de baca-

lao en la radio, sin un montón de ropa sucia en el suelo a punto de servir de alimento a la lavadora, sin cacharros pendientes de apilar en los armarios roñosos. Mi madre siempre estaba haciendo algo cuando yo llegaba de clase, y me daba pequeñas ordenes sin mirarme (ponte las zapatillas, lávate las manos, pruébate los pantalones, no dejes ahí esos cuadernos), mientras acababa el cocido, el remiendo o el fregado. Pero no había luces ni olores ni ruidos cuando entré en mi casa. Extrañado, cerré la puerta y caminé con precaución hasta la cocina. En cuanto vi a mi madre con la cabeza apoyada sobre los azulejos congelados de la pared y envuelta en una depurada atmósfera de clausura, supe al instante que algo grave le había pasado a mi padre. En cuanto ella me miró como si algo grave me hubiera pasado a mí, supe que nunca le volvería a ver.

Mi madre irreflexiva y valiente, mi madre ocupada a todas horas en los servicios diarios que yo daba por hechos, en ese latido de rutinas que me sosegaba sin darme cuenta y sobre el que sustentaba la seguridad de mi existir.

Saqué otra banqueta de formica de debajo de la mesa y me senté con ella, en silencio. La banqueta estaba coja, porque le faltaba la contera de goma a una de las patas metálicas. Esos dos milímetros de desnivel provocaban una enorme perturbación en su funcionamiento. La convertían en un balancín, en un juego que consistía en mantener el equilibrio sobre dos patas, manteniendo las otras dos en el aire y evitando, por encima todo, el choque chivato de la pata desnuda sobre la baldosa. Yo monté en ese caballo lisiado para alejarme de mi madre y de la repercusión que sus emociones tendrían en mí.

Al rato, mi madre me dijo: tu padre se ha ido, y yo asentí con la cabeza.

Nos quedamos allí los dos un tiempo más, mirando la chapa de carbón y la pila de mármol, las puertas desencajadas del aparador, la reja de madera de la fresquera, las incómodas manchas de humedad en el techo, el baile desangelado y agónico de la llama de gas en el calentador. La pobre cocina de mi madre.

Pasaron unos minutos lentos y luego, de golpe, pasaron una docena de años. Y la relación entre mi madre y yo quedó marcada por ese tiempo que permanecemos juntos y callados, encajando el abandono de mi padre. Siempre estuvimos próximos, pero aislados, desconocidos el uno para el otro. No nos pusimos condiciones ni nos dimos problemas, no hablamos jamás de qué o quién podría sustituir la presencia de mi padre. Ella salió adelante sin quejarse y yo crecí en total libertad, con lo angustioso que es eso. A los doce años, iba y venía a mi antojo. A los catorce, me firmaba las notas. Repetí un curso en el instituto, perdí a la mayoría de mis amigos de la escuela al no poder entrar en su adolescencia de cigarrillos mentolados y futbolines y tuve que inventarme una propia para salir del paso, y también, como es preceptivo, me rompieron mi enamoradizo e imberbe corazón, y de nada de todo eso se enteró mi madre, al igual que yo nunca supe si lloraba o no su fracaso, si aún le quedaba adentro alguna alegría y si tenía curiosidad y ganas de seguir viviendo.

Fuimos buenos vecinos mi madre y yo.

Sin embargo, su mera presencia y la falta de un padre, o de un hermano mayor, o de un amigo que supiera más

que yo, la falta de un apoyo y de un consejo, me convirtieron en un falso adulto. En un hombre que confundía ser fuerte con ser sufrido. En un autosuficiente con graves insuficiencias. En un indisciplinado que anhelaba unas reglas básicas de comportamiento y alguna que otra restricción. Y quizá esa sea la razón por la que fui a la vidente. Para que alguien me dijera lo que debía hacer. Para que se limitara de alguna manera mi desesperante albedrío.

Me da pena aquel crío. La soledad no era la prueba de mi valor y mi madurez, como fui creyendo al crecer, sino precisamente de lo contrario. Estaba a punto de darme cuenta de eso. Las mujeres se iban a encargar de enseñármelo.

El tiempo pasa, pero las cosas se quedan en el sitio en el que las dejas. Acabé el instituto y elegí sin convicción una carrera. No tenía nada mejor que hacer. Rellené sin apenas tachones los papeles que me prometían una beca, mi única posibilidad de acceder a la universidad. Hice colas formales en edificios sofocantes. Y semanas después, leí mi nombre en una lista interminable protegida por un cristal. El mundo me incluía después de todo.

1991

La universidad era un inmenso aparcamiento. Jóvenes creyentes se despertaban de buena noche y se apretaban en un violento autobús o se apuntaban en algún coche que en media hora aparcaba las decisiones una larga temporada. A alguien se le ocurrió construir el campus a diez kilómetros de cualquier vestigio humano y sin ningún otro acceso que no fuera la carretera, y un ejército rodante de aficionados a los tiempos muertos la conquistaba a diario en busca de un currículo, un cargo, una coartada. Cada asignatura era un obstáculo, cada profesor, un desconocido que yo escrutaba con el fin de conocer sus debilidades para superarlo como fuera. Allí no había belleza, ni amigos, ni nada, al menos no para mí: solo catedráticos de apuntes amarillentos y estudiantes emprendedores tratando de hacer negocio con las fotocopias.

Entraban por la puerta del aula los expertos en cada tema y los alumnos que andaban riéndose a pares por el vestíbulo o que se entretenían en pequeños grupos no vinculantes junto a las ventanas se volvían graves de repente y se sentaban dócilmente a escuchar.

También había, aquí y allá, sueltos, universitarios concentrados en sus asuntos. Chicas afiladas con el pelo recogido con un bolígrafo que aprovechaban los descansos para pasar a limpio los datos. Y chicos que siempre llegaban demasiado pronto a la facultad y que observaban a las chicas con tristeza. Entre los solitarios había dos clases: los que tenían muy claro para qué estaban allí, y los que, como yo, llevaban allí tres años y seguían

sin saberlo. De estos últimos había varios camuflados entre los estudiantes más convencidos, pero siempre había uno o dos ejemplares tirados en las esquinas, causando el mismo efecto de vulnerabilidad que tienen los automóviles que están lejos de la entrada del centro comercial, rodeados de líneas vacías de estacionamiento. Automóviles abandonados: eso es lo que éramos en realidad.

El significado de las cosas me ha llegado siempre cuando apenas me sirve para nada, cuando es demasiado tarde para mejorar mi actuación o cuando ya no importa. En mi primer día en la facultad tuve delante de mí la clave para descifrar toda mi estancia allí, pero yo la dejé pasar tontamente, como el adolescente aturullado que mira al dedo en vez de a la luna. Subí al campus en ese autobús en el que pronto me haría viejo y entré en mi facultad con desgana. Había una ruidosa e incómoda agitación, igual que en el bufé de un hotel de tres estrellas. Gente tropezando en un lado y en otro, o mirando paneles informativos, mirando sin curiosidad el tránsito peatonal y la estructura interior del edificio. Encontré mi aula y entré, sigiloso, avergonzado, como si me hubiera colado en la piscina de una urbanización fina. Elegí una mesa no destacada, ni muy cerca ni muy lejos del encedado, y me senté a esperar. Reflejos en los cristales, pies sobre los asientos, desconocidos que se movían con suficiencia en el espacio fluorescente.

En pocas ocasiones me he sentido tan solo.

De pronto, se hizo un silencio, y dos filas de personas entraron apresuradas en el aula. Un hombre joven salió de una de las filas y subió a la tarima, donde esperó, de

pie, apoyando ambos brazos en la mesa, a que la gente se colocara en su sitio. Alguien se sentó a mi lado, un tipo extraño. Acababa de tomar asiento y ya parecía querer irse. Se movía sin parar, miraba al reloj, a la tarima y a la puerta. Por supuesto, pasó de mí. El hombre de la tarima también se sentó y se presentó como el profesor de economía política, la primera asignatura estipulada. Nos dio la bienvenida a la facultad, nos deseo una fructífera estancia en la universidad y, sorprendentemente, inició una diatriba contra la mala educación y la indisciplina, y nos habló con inquietante gravedad de su firme y principal propósito: enseñarnos que nada se consigue en la vida sin sufrimiento. El diez no se lo doy a nadie, el nueve se lo doy a dios, el ocho me lo doy a mí, y a partir del siete puntúan ustedes, nos dijo. Y nos amenazó con innumerables trabajos extras y con una penosa travesía hasta el aprobado. Si lo que quería era asustarnos, lo consiguió. Entonces, el tipo que se sentaba a mi lado gritó: ¡Hijo de puta!, y agachó la cabeza detrás del estudiante de la fila anterior.

El hilo que yo llevaba para adentrarme en el laberinto universitario se rompió en ese momento y me colapsé, sin certezas sobre lo que estaba pasando y sobre lo que hacer. El catedrático interrumpió su sermón de la montaña y miró hacia mi zona, al igual que toda la clase. Yo no moví una ceja. Esperé a que el extraño de mi lado diera la cara o que el asunto se resolviera por sí solo.

Efectivamente, el catedrático decidió ignorar la injuria y reanudó su predicación sobre el sinvivir que nos esperaba en adelante, y así siguió un rato, hasta que alguien, en el otro lado de la sala, repitió: ¡Hijo de puta!

El tipo de mi lado le acompañó: ¡Cabrón! El catedrático se levantó de la silla para identificar al estudiante resentido, escondido de nuevo tras la espalda precedente, y acabó por mirarme a mí, que seguía inexpresivo como el médico de un ambulatorio. Una tercera persona gritó: ¡Te vamos a matar, no nos joderás más! Y el que había gritado en segundo lugar, afirmó: ¡Asqueroso! ¡Inútil! Entonces, el catedrático agitó la cabeza y empezó a insultarnos a todos. Dijo que éramos unos analfabetos y unos muertos de hambre que estábamos allí porque no sabíamos dónde meternos y que todos, sin excepción, tiraríamos a la basura unos años espléndidos y acabaríamos en el paro. Luego los insultos volaron por encima de mi cabeza, en todas las direcciones, hasta que aquello se reveló como lo que era: una farsa.

El tipo de mi lado, descojonado, salió de su escondite y caminó hasta el catedrático, le pasó un brazo por el hombro y se fueron juntos hacia la salida, entre risas, acompañados de los otros dos graciosos, justo en el momento en que entraba el catedrático titular, el profesor de economía política cuya tardanza me había provocado, nada más empezar, una notable depreciación de mi interés por los estudios universitarios y un alarmante déficit de confianza en mi futuro laboral.

Ese entremés representaba a la perfección el espíritu de la comedia universitaria, el espectáculo coral en el que acababa de ingresar: la mema, impersonal y ridícula apariencia de virtud de la educación superior. Una burda y coreográfica ficción que no supe ver de inmediato y de la que tardé muchos meses en distanciarme para ponerme a salvo.

Después de la economía política vino otra asignatura de nombre rimbombante de la que tampoco recuerdo nada, y después otra, igual de vidriosa. Un engaño más sutil que el de los suplantadores fue entrando en mí, acunándome con palabras complejas y conceptos profundamente intelectuales, con referencias y cantidades culturales y un reconfortante ruido de fondo. Y luego me dormí.

La vida era muy sencilla entonces: se limitaba a coger apuntes. Si conseguía escribir la mayoría de las palabras que escuchaba en clase, me podía considerar ileso hasta finales de curso. Las materias se sucedían en un reconfortante *continuum*. Los profesores venían, recitaban sus tablas de mandamientos y se iban, todo de memoria. Y yo escribía sin pensar. Rellenaba hojas con una letra ilegible y minúscula y las guardaba al final de cada lección como trofeos de caza, como el salvoconducto que más adelante me permitiría salir de allí. Contaba, eso sí, con el espacio habitual de descompresión entre clase y clase, unos momentos para mirar por la ventana y hacerme preguntas, pero enseguida se reanudaba la lectura oficial de textos y yo volvía a distraerme con mis apresuradas anotaciones. Dócilmente seguía el ritmo docente, la mecánica absorbente de las clases. Siempre había algún profesor que te sacaba del letargo con alguna confesión per-

sonal, un comentario espontáneo, una enseñanza desesperada, pero por lo general los días en la facultad pasaban con una plena y aturdidora certidumbre.

Era lo ideal para mí. Lo ideal para alguien a quien habían anunciado su muerte a los 36 años.

La visita a Cecilia, sin embargo, me había sacudido el polvo. Durante semanas había tratado de racionalizar sus pronósticos, y lo había conseguido en gran medida a base de poner la atención en el carácter fantasioso de la astrología y en la fuerza inquebrantable de la voluntad humana para superar cualquier revés. Pero, por lo que se ve, no pude protegerme totalmente de la radiación del ocultismo, y sentí una incómoda turbación que solo podía provenir de haber sido contaminado. La idea de sufrir una enfermedad degenerativa o un accidente mortal quedó impresa en mi cerebro y únicamente las rutinas más mecánicas, como las clases en la facultad, me libraban de la sutil angustia de saber más de lo que conviene saber. Se me metieron adentro las dudas, donde siempre son bienvenidas. ¿Cómo que voy a morir? ¿Cómo que voy a morir? Yo sacudía la cabeza y la angustia se alejaba. Pero al rato volvía, igual que una mosca la noche del verano en la que hace más calor.

Lamenté haber ido a ver a Cecilia. Haberle permitido que me hablara así de mí. Soy idiota, me decía. Soy campeón mundial de la idiotez. Además, qué sabrá la vieja. Qué coño sabrá esa señora de las cosas que haré o no haré. No puede saberlo. No puede calcular las infinitas posibilidades que se abren en cada elección. Las puertas que hay detrás de cada una de las puertas. La muerte es una consecuencia, estoy seguro. Un efecto. Y

las causas aún no están establecidas. Están por ver, por hacer. Y soy yo quien debe ir haciéndolas. Soy yo quien decido. Yo. Aunque sea idiota. Porque lo soy. Porque no debí ir allí. Lo único que he conseguido es estar condicionado. Tengo que pasar de toda esta mierda. ¿Cómo era esa frase? ¿Cómo era? Quien sufre antes de la cuenta, sufre más de la cuenta. Sí, eso era. Tengo que centrarme en mi vida. Empezar a arreglar las cosas que no van bien. Sin milagritos espirituales. Sin ayuda. ¿Por qué estoy solo? Ahí está la cosa. ¿Por qué no encuentro un afecto verdadero? Si lo tuviera, no me sentiría tan desamparado. Y no hubiera ido donde la astróloga. Pero ya no puedo borrarlo. Y ya no soy el mismo. No puedo no saber. Ahora sé que voy a morir antes de tiempo. Ella me lo ha dicho. Ella que descubrió muchas otras cosas sobre mí. Acéptalo, es un regalo. Acéptalo, es un regalo. No entiendo por qué me lo dijo. No entiendo por qué me hizo algo así.

Los días se hacen largos cuando estás preso. Cuando caminar es girar sobre ti mismo, y hablar es hablarte, y mirar es verte una y otra vez. Esto es evidente, ya lo sé. Es una obviedad que no puedo evitar. Pero es que en eso consistía todo entonces: en dar vueltas alrededor de una o dos cosas. O si no, en distraerme de mil formas distintas, y en hacerme con opiniones formadas, y en divertirme y en indignarme alternativamente, y en explorar novedades, y en permanecer adormecido todo lo posible, en hacer lo que fuera con tal de evitar dar vueltas a una o dos cosas. Tal vez por ello escribía con fruición sobre las leyes orgánicas y los reales decretos que un zombi con los puños y los cuellos de la camisa sucios

nos explicaba en clase a media mañana, o sobre los acontecimientos fundamentales del siglo XIX que la catedrática de historia narraba con parsimonia. La crisis del Antiguo Régimen, la desamortización de Mendizábal, el Trienio Liberal. Bobadas que escuchaba como un mantra para calmar mi dolor de no pertenecer a nada. Recetas que garabateaba con el fin de posponer el examen de mis verdaderas asignaturas. Documentos despedazados que jamás retendría entre las manos. Novelas largas y secas, sin amor.

1992

Detrás de cada viraje de mi vida siempre hay una coincidencia. En un primer momento no me doy cuenta de cómo las circunstancias se alinean para favorecerme o perjudicarme: las cosas suceden, simplemente, y yo me veo implicado. Entonces a lo sucedido le llamo casualidad, le llamo suerte, y sigo adelante, como haría cualquiera. Me adapto como puedo a las nuevas condiciones y represento mi papel, a veces con interés, a veces con resignación. Pero no me planteo una conspiración diseñada específicamente para mí, ni creo ser el sujeto de estudio de un laboratorio celestial. La vida va, y yo la sigo como puedo.

28